

## RECENSIONES

### ARISTÓTELES PARA TODOS LOS PÚBLICOS.

JONATHAN BARNES, *Conversaciones con Aristóteles*, Paidós, Barcelona, 2008, 171 pp.

El éxito de *On Bullshit* (2006), de Harry G. Frankfurt, ha puesto de moda la literatura filosófica en formato «de bolsillo»: lecturas breves, muchas veces artículos o partes de obras más grandes presentados en tamaño reducido y accesibles para un público no especializado. En esta tendencia cabe encuadrar la colección *Conversaciones con...* que, además, no se limita a ofrecer introducciones a filósofos, sino que incluye —con desigual fortuna— conversaciones ficticias con personajes relevantes de la historia como Platón, Buda, Miguel Ángel, Isaac Newton, Ernest Hemingway, Mozart o Shakespeare.

En el caso que nos ocupa, el encargo de imaginar este «café con Aristóteles» recae en Jonathan Barnes (1942), editor de las obras del Estagirita en inglés (1984), compilador de *The Cambridge Companion to Aristotle* (1995) y coeditor de *Articles on Aristotle* (1975-79). Prologado por su hermano, el novelista Julian Barnes, *Conversaciones con Aristóteles* es, en realidad, una versión «dialogada» del volumen sobre el Estagirita que el propio autor publicara en 1982. De hecho, las preguntas de Barnes no pretenden más que dirigir la conversación hacia una exposición muy resumida y a *brocha gorda* del pensamiento de Aristóteles sobre temas que van desde la lógica y la zoología hasta la democracia, la teoría de las cuatro causas, la ética y la política.

Lo más sugestivo del libro es la explicación del origen de la lógica, la ciencia del razonamiento, que Aristóteles inventa a partir de la

parte «científica» de la retórica —que exige la lógica para ordenar argumentos— y de la dialéctica —que busca defender o refutar tesis planteando preguntas cortas y no discursos elocuentes—. «Pensé que debería ser posible redactar un conjunto de reglas generales sobre qué conclusiones se deducían —con inexorable necesidad— de qué premisas... Y eso es lo que es la lógica» (p. 60). Una ciencia universal a la que Aristóteles llega también por el razonamiento científico, que justamente consiste en pasar del axioma al teorema. Así, la lógica es ciencia de los silogismos que, a partir de dos axiomas simples y válidos («todas las C son B, todas las B son A, luego todas las C son A» y «todas las C son B, ninguna B es A, luego ninguna C es A»), demuestra la validez de otros tipos (pp. 61-64).

Asimismo, resulta interesante el énfasis que, para Barnes, Aristóteles da a la labor del científico, que no quiere predecir el futuro o controlar los fenómenos sino entender las cosas y explicarlas, lo que intenta ofreciendo de cada cosa su *causa material* (de qué está hecha), *formal* (su configuración física), *eficiente* (cómo se mueve) y *final* (para qué se mueve), pues estos son los distintos modos en que habitualmente explicamos las cosas (pp. 77-80, 82). Para el Estagirita no hay diferencia alguna entre el científico y el filósofo, pues ambos quieren conocer la realidad, a la sazón objeto de la metafísica o filosofía primera, que «no aísla una parte de la realidad: estudia la realidad como un todo, es la ciencia de todo lo que existe». Para ello, primero cataloga, «redacta una lista, en los términos más generales posibles, de qué clases de cosas existen», y luego describe, «intenta exponer —del modo más sistemático y científico posible— todas las verdades que son válidas para absolutamente



todo lo que hay en la lista» (p. 127). En esa indagación sobre la realidad, como es sabido, Aristóteles incluye las primeras causas, descritas con rasgos divinos. Eso sí, como indica Barnes, los dioses de Aristóteles reflexionan pero no hacen nada, no son productivos ni providentes. «Las cosas suceden por naturaleza; es decir, suceden invariablemente por encima de la Luna y regularmente por debajo de ella», y no debido a ninguna influencia externa. Así, su visión del mundo físico se fundamenta en que «los Motores Inmóviles, son causas finales: mueven cosas del modo en que objetos de deseo y de amor mueven cosas» (pp. 142, 146-147).

Frente al idealismo platónico, Aristóteles se presenta como realista (p. 50) y ejercita como tal, sobre todo, en su filosofía ética y política. Para él, el mejor gobierno sería la monarquía absoluta... si hubiese alguien absolutamente virtuoso. No lo hay, luego la monarquía absoluta es inmoral (p. 41). Por este motivo, concluye que la democracia es la forma de gobierno *menos mala*, lo mejor a lo que podemos aspirar razonablemente. Entendiendo, eso sí, que la democracia es algo más que elecciones, a saber, *un modo* de decidir cuestiones que «no dice qué cuestiones se deben decidir» y que incluye a todos los ciudadanos. (pp. 95 y 100). En ética, Aristóteles sostiene que toda virtud moral se encuentra en un término medio entre vicios opuestos y que, pese a que debe haber algunas reglas generales, en ética conviene usar la sensibilidad y no sólo el razonamiento. Ahora bien, las virtudes

son sociales, de ahí que estén vinculados ser feliz (que es igual a ser un ejemplar acabado de la especie *homo sapiens*) y ser un buen ser humano, que consiste en tener las virtudes propias (morales los políticos, intelectuales los científicos) y actuar en consecuencia (pp. 118, 120).

Como el propósito del libro es, básicamente, divulgativo y popular, se incluyen dos breves pasajes sobre las consideraciones aristotélicas acerca de la mujer (p. 113) y la esclavitud (p. 106). En cambio, a ratos se echa en falta un desarrollo más amplio en temas como la ética o la democracia, demasiado informales. Y, a veces, queda la duda de si Aristóteles no hablaría más elaboradamente. ¿Merece la pena leer este librito? Depende de quién formule la pregunta. El lector iniciado en Filosofía apenas encontrará novedades dignas de atender. Y los aristotélicos es posible que disientan de muchos de los planteamientos de Barnes, que presenta un Aristóteles muy *anglosajón*, como si se tratara más de un empirista filósofo de la ciencia (pp. 15-16) que del sabio prudente, metafísico, interesado en asuntos éticos y formulador de los primeros principios que tradicionalmente se ha dibujado. En cambio, para el estudiante universitario medio o para el lector interesado en cultivarse, esta «conversación» supone un excelente aperitivo, dado lo asequible de un texto que, sin duda, anima a leer las obras originales de Aristóteles.

Juan Pablo SERRA